



**CyP**

Revista Cambios y Permanencias  
Publicación multi e interdisciplinar  
orientada a los estudios sociales

## Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol.11, Núm. 1, pp. 1436-1461 - ISSN 2027-5528

### La subjetividad y el problema del método en la investigación social

Subjectivity and methodological questions in social research

**Pedro Baquero Másmela**

Universidad Distrital Francisco José de Caldas  
orcid.org/0000-0002-6142-3387

**HAREDES**  
Grupo de Investigación  
Historia  
Archivística y  
Redes de Investigación



Universidad  
Industrial de  
Santander

Universidad Industrial de Santander / [cambiosypermanencias@uis.edu.co](mailto:cambiosypermanencias@uis.edu.co)

# La subjetividad y el problema del método en la investigación social

Pedro Baquero Másmela  
Profesor Titular, Universidad  
Distrital Francisco José de Caldas

Doctorando en Estudios Sociales Universidad Distrital  
Francisco José de Caldas.  
Magister en Docencia Universitaria.  
Proyecto de investigación doctoral: Performatividad y  
cuerpos docentes en educación superior: Una  
aproximación desde el espacio biográfico

Correo electrónico:

[pbaquerom@udistrital.edu.co/pbaquerorama@gmail.com](mailto:pbaquerom@udistrital.edu.co/pbaquerorama@gmail.com)

ORCID-ID: <https://orcid.org/0000-0002-6142-3387>

## Resumen

El presente texto se ocupa del problema metodológico en la investigación social. Intenta desarrollar una hipótesis según la cual el método supone al menos tres niveles que se nutren de materias diferentes; aunque estrechamente interrelacionadas: uno que corresponde a la perspectiva epistemológica, otro, a la elección y uso de herramientas y otro, a la representación-comunicación; sin embargo su articulación en el desarrollo de una investigación no es ni unívoca, ni lineal; sino contingente y puede darse de múltiples maneras sin que signifique necesariamente inconsistencia o contradicción metodológica. En la base de la reflexión están las pesquisas teóricas adelantadas en el Doctorado en Estudios Sociales de la Universidad Distrital FJC.

**Palabras clave:** Método, subjetividad, discurso, Interdisciplina

## **Subjectivity and methodological questions in social research**

### **Abstract**

This text deals with the methodological problem in social research. It tries to develop a hypothesis according to which the method supposes at least three levels that are nourished of different matters; although closely interrelated: one that corresponds to the epistemological perspective, another, to the election and use of tools and another, to the representation-communication; nevertheless its articulation in the development of an investigation is neither univocal, nor linear; but contingent and can occur in multiple ways without necessarily meaning methodological inconsistency or contradiction. At the base of the reflection there are the theoretical investigations advanced in the Doctorate in Social Studies of the District University FJC.

**Keywords:** Method, subjectivity, discourse, Interdiscipline,

## **El discurso en el debate metodológico**

Podría decirse que más importante que la elección de una problemática o tema de investigación en el campo de las ciencias y/o los estudios sociales es la pregunta por el método. De alguna manera, la presentación de una investigación en el medio académico es, más allá de la problemática de que se ocupa, una evaluación de su diseño metodológico, en el que se pone en juego el principio de veridicción que corresponde al método. Es la herencia de la racionalidad moderna preocupada por establecer la “verdad” que se debate en el enfrentamiento histórico entre la *doxa* y la *episteme*, pero también, entre los epistemocentrismos, los etnocentrismos, los egocentrismos y todos los dispositivos racionales que cada perspectiva instala como su propio arsenal y sistema de reglas de veridicción para oponerse a la otra y que perviven en la actual controversia sobre el método en investigación social.

Sin lugar a dudas el denominado giro lingüístico (Rorty, 1990) al poner el énfasis en el lenguaje, ayudó a descentrar las lógicas metafísicas y aún positivistas del método en investigación; pero avivó, también, nuevos debates sobre la contingencia de la verdad, sobre sus propios “juegos de lenguaje” en los que efectivamente se bifurca. La propia perspectiva foucaultiana de investigación arqueológico-genealógica es parte de las bifurcaciones de ese giro, que no obstante conserva de común con los “otros giros” cierta prevalencia de la pragmática del lenguaje que hace posible, entre otros aspectos, la “producción de verdad”, ya por su facticidad histórica en la constitución del sentido (giro hermenéutico), como por su fuerza performativa que hace hacer (giro pragmático).

Pues bien, mucho más acá del debate metodológico y de adentrarnos en la batalla sobre las implicaciones epistemológicas del “giro”; lo que nos resulta de interés para este ejercicio reflexivo es poner nuevamente en términos de juegos de lenguaje, las preguntas por el método en la investigación social y en particular, en la indagación por la subjetividad, -en la que parece dominante la perspectiva arqueológico-genealógica-, con el interés de persuadir sobre la legitimidad de cruzar fronteras entre esta y otras propuestas posibles que, aunque vueltas sobre intereses investigativos distintos, pueden, quizá, aportar desde su instrumental analítico al estudio y comprensión de las subjetividades.

Podría anticiparse, por ejemplo, (a manera de hipótesis) que las distintas vertientes del análisis crítico del discurso ACD, como el análisis multimodal (Krees y Van Leeuwen, 2001)

el análisis socio–histórico ( Fairclough y Wodak, 2000), el análisis socio cognitivo (Van Dijk, 2016), la teoría del discurso social (Angenot, 1999, 2010), ofrecen herramientas para acercarse al estudio de las subjetividades, máxime cuando estas se producen, se manifiestan y estudian a través de discursos o enunciados que constituyen el objeto mismo de estudio de estas perspectivas. El discurso es, pues, la fuente, la materia común a la que unos y otros se aproximan desde sus propias perspectivas que, no obstante las divergencias, no dejan de mirar la misma “cosa”, esa “materialidad de aquello que se trasmite a través del lenguaje oral o impreso (o cinematográfico o digital) –a las palabras, a las figuras, a los esquemas de argumentos, a los topoi y a los microrrelatos que dan cuerpo a las ‘ideas’-” (Angenot, 2010, p. 14).

En el mismo sentido podrían considerarse las propuestas del esquizoanálisis que como metodología juega con un haz de posibilidades tanto para destruir las convenciones metodológicas como para proponer formas alternativas de indagación de las subjetividades sin el apego doctrinario a ninguna prescripción y, aun así, riguroso en su lógica creativa:

[...] experimentación política, ética, estética, existencial que no aspira a ningún título de ciencia. En él se comprende la subjetividad como producción colectiva (agenciamiento) de modos de estar en el mundo, [...] una «metodología experimental» anárquica, anomal, anexacta, múltiple y sin embargo rigurosa, nómada y maquínica. [...] (una problematización crítica, una eventualización teórica, una Ficcionalización metódica); es decir, se propone una traición a los modos convencionales de hacer investigación en ciencias sociales, para devenir agenciamiento de una máquina esquizo (Martínez J. E. y Ochoa, C. 2017, pp.235-236).

Así entendido, el esquizoanálisis, puede proponerse, mejor, como “teoría sin fronteras, si pudiera decirse, donde la materialidad lingüística, literaria y narrativa dialogara con el psicoanálisis, la sociología, la semiótica, la filosofía política, la antropología, la estética, los estudios culturales” (Arfuch, 2014, p. 71), de manera de hacer posible propuestas analíticas creativas, dinámicas, que no se fijan en un esquema único, que no proceden como necesarias e inmodificables; más cercanas quizá a las etnopoéticas, las performances, los ensambles (Denzin & Lincon, 2012), las narrativas biográficas (Arfuch, 2013) y otras diversas formas periféricas de indagación social, que podrían considerarse del mismo orden y que responden a la premisa ya planteada de que el método, particularmente en estudios sociales, es una construcción contingente, alineal, polimorfa que funciona de manera estratificada y susceptible de aleaciones, recortes, extensiones, transfiguraciones que, operadas con la

debida “precaución metodológica”, extenderían su potencial analítico, mostrativo, representacional y persuasivo como parece reclamarse de las actuales propuestas e informes de investigación en estudios sociales. No se trata, por supuesto, de fundir en una suerte de amalgama todas las tradiciones metodológicas; sino de señalar las posibilidades de uso de diversos recursos analíticos selectivos como formas de experimentación metodológica y, en consecuencia, de ampliación de los horizontes comprensivo-expresivos de la investigación social y, de manera particular, de las preguntas y respuestas posibles sobre las subjetividades en las que el discurso es un dispositivo zigzagueante.

Puesto en perspectiva el discurso es, con mucho, un objeto, una problemática y un recurso central de la investigación social de la que la subjetividad es solo un corolario, pues no se la puede estudiar aislada del “conjunto de prácticas mediante las cuales la sociedad se objetiva en textos y en lenguajes” (Angenot, 2010, p. 44) y, en este sentido, los discursos objetivan la sociedad no solo porque producen agenciamientos, formas de subjetividad sino porque son, a su vez, producidos, consumidos o procesados por los sujetos en sus relaciones con el saber, con el poder y consigo mismos, aspectos estos que constituyen los ámbitos posibles señalados por Foucault (1983) para el estudio del sujeto, lo cual, dicho sea de paso, es el resultado de la perspectiva que, como se verá más adelante, produce u orienta también unos rasgos específicos de los enunciados, unas marcas de sus condiciones de producción, unos efectos y unas funciones que se pueden reconocer en su organización, en las elecciones lingüísticas y retóricas con las que son construidos (Angenot, 2010), razones éstas por las que no se lo puede eludir como parte sustancial del debate metodológico, aun tratándose del discurso mismo como “objeto”, pues en su acepción más amplia: el *discurso social*, abarca

[...] a la totalidad de la significación cultural: no solamente los discursos, sino también los monumentos, las imágenes, los objetos plásticos, los espectáculos (desfiles militares, banquetes electorales, kermeses) y, sobre todo, la semantización de los usos y las prácticas en su aspecto socialmente diferenciado (kinésico, proxémico, vestimentario) y, por lo tanto, *significante* (Angenot, 2010, p. 47).

Se trata, en últimas, del discurso en su amplitud semiótica, en su polivalencia, heteroglosia y multimodalidad que desborda los límites de lo puramente lingüístico. Visto así, el discurso y el discurso social, aunque no pueden subsumir al conjunto de prácticas que dan sentido a lo social, constituyen un factor determinante que no puede soslayarse a la hora de elegir un objeto cualquiera de la investigación social, empezando por la subjetividad, o

mejor por el sujeto, máxime en momentos en que su estudio desborda los otrora límites del enunciado lingüístico y se abre a nuevas formas semióticas, multimodales. El discurso, atravesado y a la vez constituido por el imperio de la imagen, el espectáculo, el monumento, y signado, además, por la simultaneidad, la fragmentariedad, la evanescencia (Lipovetsky, 1996, 2008) tendría mucha materia que aportar al estudio de la subjetividad y al dispositivo metodológico mismo, pues cumpliría esa condición bifronte o multiforme de ser parte sustancial del “objeto” instrumento de observación y dispositivo de representación.

### **1. Perspectiva, objeto y método.**

La perspectiva, dice De Tezanos, “reclama un mirar a la distancia, se conecta con el substratum epistemológico del proceso de investigación” (1998, p.13) y ese “mirar a la distancia” pone en una dimensión espacial la mirada, dice desde dónde, hacia dónde y qué se mira de una superficie dada; es decir, pone en “juego la mirada” que equivale a decir la subjetividad “desde la cual se piensa y se opera el proceso de indagación” (p. 14) En una línea de razonamiento positivo, la perspectiva es la base ontológica de la pregunta de investigación y, según esta afirmación, poner en juego la mirada es definir no solo lo que se mira sino la manera como se lo mira y con qué se mira, de allí la exigencia de correspondencia entre objeto y método y la fijación de reglas de veridicción que se traducen en líneas de continuidad, o correspondencia entre los estratos o segmentos ontológico, epistemológico y metodológico.

Si seguimos los razonamientos de Deleuze y Guattari en *Micropolítica y Segmentariedad* y entendemos, a su vez, la perspectiva como el “punto de vista”, podemos sostener la idea de que ésta no es sino una más de las manifestaciones de la segmentariedad de la que estamos constituidos y que impregnamos en las “cosas” que producimos, entre ellas, el saber. “El hombre es un animal segmentario. La segmentariedad es una característica específica de todos los estratos que nos componen. Habitar, circular, trabajar jugar: lo vivido está segmentarizado espacial y socialmente” (2002, p. 215).

La segmentariedad, continúan Deleuze /Guattari, es binaria, circular, lineal “pero esas figuras de segmentariedad [...] siempre están incluidas la una en la otra, e incluso pasan la una a la otra, se transforman según el punto de vista” (2002, p. 215), lo que equivale a decir en relación con el problema que nos ocupa, que en la investigación, -máxime si es social-, ocurre cierta superposición de los estratos del método, de sus líneas de segmentariedad

constitutivas, que hacen que la perspectiva, o punto de vista, aparezca tanto en el nivel epistemológico como en el metodológico y ontológico y que estos, a su vez, surtan efectos en la naturaleza del objeto; o, lo que es lo mismo, que la perspectiva actúe en los otros dos estratos del método arriba mencionados y retomados aquí como el estrato instrumental o de uso de herramientas y el estrato representacional-comunicacional; cada uno, a su vez, constituido por líneas segmentarias “duras” o “flexibles”, dominios “molares” o “moleculares”, según Deleuze/Guattari, de cuyos grados de articulación (también segmentaria) depende, en últimas, la “consistencia, metodológica” de una investigación. Lo que no sería otra cosa que el efecto del esfuerzo humano de asir la certeza mediante el control de flujos que en toda acción humana produce la segmentariedad flexible, “línea de fuga”, capaz de romper las bridas de las certezas epistemológicas, metodológicas y ontológicas que definen una perspectiva.

Así las cosas, cada perspectiva -podría decirse- se constituye en la práctica, en una suerte de segmentariedad dura, en una forma de cierre ineludible, cuyo propósito no es solo acotar el objeto sino asirlo, describirlo, explicarlo, representarlo y asegurar, mediante el apego al método, el juego de verdad que ella misma establece, su propio régimen de veridicción, entendido “como las formas según las cuales se articulan, en un dominio de cosas, discursos susceptibles de ser llamados verdaderos o falsos” (Foucault, 1999, p. 364).

La perspectiva es un régimen de centración inevitable que funciona para el ejercicio del saber, de la misma manera que el lenguaje para la comunicación procede cerrando continuamente la heteroglosia, la dispersión, que abre múltiples posibilidades de significación. Ese mismo fenómeno del lenguaje no es otra cosa que segmentariedad, es la que garantiza en la perspectiva esa unidad real pero relativa (Bajtín, 1989) de la “verdad” constituida en su propio régimen.

Podría agregarse, además, que la perspectiva es la manifestación de la imposibilidad gnoseológica para abarcar el todo, y que, en consecuencia, deviene certeza relativa, fragmentariedad, incompletud; que trata de resolver organizando y produciendo territorialidades, cotos y cierres del objeto en estudio y de las herramientas elegidas para lograrlo. Esta limitación, consustancial a la experiencia de conocer, puede acompañarse, sin embargo, de cierta pretensión totalitaria que instala su propia hegemonía sobre la base de negar “lo otro”.



Este interés -demasiado humano- de asir el mundo y predicarlo desde cada territorio conceptual o metodológico cumple la paradójica función de hacer andar la teoría por un lado y limitar su alcance por el otro; pues al convertirse en “diálogo de sordos” (Angenot, 2008), la argumentación académica y social, -en mucho un asunto de perspectiva- cierra las compuertas del diálogo inherente a la argumentación misma, mediante el recurso de la descalificación del otro, cuyos argumentos se desestiman “por engañosos e inválidos, es decir como “ilógicos”, “absurdos”, “irracionales” o “locos” (cuando, por el contrario, la denominación habitual de la validez argumentativa es “lógica” y “racional)” (Angenot, 2010, p. 184.)

Desde otro ángulo, se trata de poner en evidencia que no obstante su valor determinante en la construcción del saber y en la consistencia metodológica como etiqueta de la certeza, la perspectiva también suele producir ceguera, pues como afirma Resweber para referirse al espíritu del especialista, que no sería distinto al de quien defiende una única perspectiva:

La tarea del especialista es paralítica y miope puesto que su ojo (*la perspectiva\**) le ha cegado su propia mirada. [...] es como el campesino que retorna a su tierra natal, simplemente por el placer de sentir que el campo le pertenece, porque el especialista también tiene una mentalidad de minifundista. Por ello recorre en todos los sentidos su dominio para persuadirse de que es suyo, de que nadie podrá despojarlo de él. [...] Este planteamiento, válido para la especialización en el plano de la actividad profesional, también lo es respecto a la adquisición del saber o al desarrollo de la investigación científica (Resweber, 2000, p.16).

La perspectiva, cuando se juega en las líneas de segmentariedad dura, cuando procede como autoritarismo metodológico, como verdad única, puede servir como etiqueta de garantía de certeza, pero es una mutilación del saber, toda vez que rechaza las posibilidades de comprensión de “la cosa” que ofrecen las otras miradas, los otros instrumentos para mirar. Sin embargo, esta fuerza centradora de la perspectiva, asociada al debate epistemológico, produce la contramirada que se resuelve en interdisciplina y transdisciplina como otras formas de perspectiva que vendrían a romper el propio cerco de la mirada. Es decir, una perspectiva de perspectivas, una mirada nutrida con múltiples miradas y cerebros que, señala el mismo Resweber, “recusa el carácter territorial del poder generado por el saber” (2000, p. 18) o, en términos de método, desterritorializa las perspectivas únicas, los métodos únicos,

---

\* El subrayado es nuestro.

las formas canónicas, consagradas y legitimadas de indagar los objetos, “la cosa” y de presentar y representar el saber así construido.

Y ese método interdisciplinario, pensado como perspectiva, es más que un camino o un arsenal de instrumentos y procedimientos, una actitud mental tal como el mismo Foucault la define

Con “actitud” quiero decir un modo de relación con y frente a la actualidad; una escogencia voluntaria que algunos hacen; en suma, una manera de pensar y de sentir, una manera, también, de actuar y de conducirse que marca una relación de pertenencia y, simultáneamente, se presenta a sí misma como una tarea. Un poco, sin duda, como aquello que los antiguos griegos denominaban un “ethos” (1995, p. 15)

La actitud mental de la interdisciplina como perspectiva, deviene eticidad; su juego no es sólo articulación del logos con el logos en las fronteras de las disciplinas sino travesía e hibridaje con las redes de la significación: ideas, conocimientos, creencias, juicios, emociones que son manifestaciones todas de la ideología como *cognición social* (Dijk, 1998) y que, además, se producen y movilizan a través del discurso, es decir, del signo, en el que, según Bajtín/Volóshinov, todo es ideología: “Cada signo está sujeto a los criterios de evaluación ideológica (si es verdadero o falso, correcto, honrado, bueno, etcétera). El dominio de la ideología coincide con el dominio de los signos. Son equivalentes entre sí. Dondequiera que está presente un signo también lo está la ideología. Todo lo ideológico posee valor semiótico” (1976, p. 21). Lo que significa, -dice Angenot – que todo signo lleva la marca de las maneras de pensar, decir y representar de una posición dominante o dominada.

La perspectiva, interdisciplinaria lucha permanentemente por alejarse de la centración, rompe continuamente el molde disciplinar y ontológico, irrumpe en ciertos lugares experimentales como la política, la ecología, la teología, el arte y aquellos saberes que no se consideran científicos; pero que proceden como estratégicos porque remiten a maneras de percibir, coordinar, significar y vivir la experiencia. Su estrategia “opera como una simbiosis original entre las prácticas y los discursos que las fundamentan propone una especie de síntesis en virtud de la conjunción de eso factores” (Resweber, 2000, p. 49).

La interdisciplina y la transdisciplina serían, pues, las formas abiertas de la perspectiva que, “designa una forma particular de interrogar el saber para que no oculte la verdad bajo el horizonte totalitario de sus logros” (Resweber, 2000, p. 37) y cuyo efecto inmediato es la relativización del logro, del método, de la verdad constituida, por cuanto “se dedica a

cuestionar la relatividad del sentido. Rechaza el dogmatismo bajo todas sus formas, desde la certeza de la afirmación hasta la aseveración inmodificable de un especialista, pasando por los logros normativos del consenso [...]. Por esta razón el lenguaje es el espacio privilegiado para este descubrimiento y a la vez un instrumento de relación y de división” (Resweber, 2000, p. 46), con lo que el lenguaje vuelve, como otra vuelta de tuerca, a ganar la centralidad del debate por el método, por el saber y sus vínculos estrechos con el poder.

En conclusión, contra el poder de centración de la perspectiva, frente al determinismo metodológico, queda la experimentación como posibilidad de ruptura, creación y ficcionalización que no solo produce objetos nuevos sino manera otras de mirar, aunando, quizá las retinas, multiplicando los mecanismos de procesamiento, experimentado nuevos lenguajes y formas de comunicación. Basta comprender la perspectiva en su complejidad epistemológica, metodológica, ontológica y aún en su directa relación con la ideología, en tanto base de la cognición social (Dijk, 1998; Angenot, 2010), para intentar remontar obstáculos y vencer el miedo a la experimentación. Quizá se deba desbrozar el bosque y extender sus linderos para descubrir lo que se oculta entre los matorrales.

## **2. Perspectiva y sujeto/objeto**

Todo objeto de investigación es también un objeto de la perspectiva, esto es que, aunque exista como una realidad dada incluso empíricamente, es la perspectiva la que se encarga de configurarlo hasta hacerlo, a veces, irreconocible en los esquemas del sentido común. En el caso particular que nos ocupa: el concepto de sujeto, por ejemplo, al que el DRAE define en sus primeras entradas como el *que está sujetado*, el *que está expuesto o propenso a algo*, la *persona cuyo nombre se ignora o no se quiere decir*, y como una *función sintáctica*, dista enormemente de los conceptos construidos sobre el mismo significante por psicólogos, filósofos, sociólogos, psicoanalistas, que guardan, además entre ellos, diferencias a veces irreconciliables. ¿Que hay en medio de esa dispersión conceptual? Una lucha por la significación, una lucha por el lenguaje que intenta asir la realidad tomando distancia de ella como su única posibilidad para procesarla; el mundo convertido en tema, en tópico del discurso, y por él mismo transfigurado, reinventado, vuelto a crear por el metalenguaje que sólo puede proceder en perspectiva, haciendo recortes en la Heteroglosia, en la diferencia del lenguaje dentro del lenguaje, en cuya dispersión se encuentra, quizá, el germen de toda perspectiva.

Si este razonamiento resultase suficiente para señalar el vínculo entre lenguaje y perspectiva, entonces es posible afirmar que el objeto sólo es en perspectiva; y que ésta procede por unificación y cierre, de tal suerte que el mismo objeto será tantos como perspectivas se ocupen de él. Y aunque tal afirmación pudiera parecer una desmesura es cierto que, por ejemplo, en el caso del sujeto, de la subjetividad, de la subjetivación, materias próximas entre sí y de las que se ocupa gran parte de la investigación social contemporánea, pareciera más fácil identificar las grandes divergencias entre perspectivas que sus puntos de encuentro y, más aún, identificar las descalificaciones de unos bandos a otros, que hallar el punto medio que permita superar el denominado por Angenot “diálogo de sordos”, en cuya base estarían, además de los egocentrismos, epistemocentrismos, etc., las partes “olvidadas” en cada argumento para sobreponerse al otro y también los vacíos en las lógicas de argumentar, en sus recursos retóricos y persuasivos que hacen que unos argumentos resulten más exitosos que otros, no sólo porque rastrean más hondo el contenido de las proposiciones, porque leen mejor los contextos, lo decible y lo pensable y aun lo no dicho de cada momento histórico; sino porque hallan también las formas más eficaces de presentarlos y producir efectos persuasivos que constituyen, pudiera decirse, otra forma de verdad.

Habría que destacar, entonces, que los objetos del conocimiento también son históricos y retóricos, están anclados en prácticas sociales, en creencias y saberes signados por lo que Foucault denominó episteme y que determinan gran parte del sentir y pensar de una época: “En una cultura y en un momento dados, sólo hay siempre una episteme, que define las condiciones de posibilidad de todo saber, sea que se manifieste en una teoría o que quede silenciosamente investida en una práctica” (Foucault, 1993, p. 166).

La historicidad de los conceptos, agrega una variable más a la perspectiva que configura el objeto. Así, por ejemplo, sin detenernos, en los temas de la subjetividad y del sujeto porque, entre otras razones, no constituyen el objeto de fondo de este trabajo, baste decir que el sujeto de Foucault, no es el mismo del modernismo cartesiano anclado a la razón, ni este a su vez lo es del sujeto que habita en el inconsciente freudiano, ni estos lo son del sujeto puramente sometido, de la historia sin sujeto de Althusser; no es el sujeto universal, ni trascendental, sino históricamente constituido, objetivado por prácticas discursivas y no discursivas y cuyo estudio dará origen a un método, a una perspectiva particular de desentrañamiento no digamos ya de ese sujeto, sino de las formas de subjetivación que lo

producen y que se traducen, por un lado, en la arqueología, ocupada del análisis de las condiciones de posibilidad (condiciones históricas) que hicieron posible que en determinado momento prevalecieran unos y no otros enunciados y prácticas que lo constituyeron; y por otro lado, la genealogía como un esfuerzo de comprensión del presente histórico, basado en las relaciones entre sujetos como relaciones de poder, distante ya de la búsqueda del origen propia de la genealogía histórica:

[...] localizar la singularidad de los acontecimientos, fuera de toda finalidad monótona; atisbarlos donde menos se los espera, y en lo que pasa por no tener historia –los sentimientos, el amor, la conciencia, los instintos–; captar su retorno, no para trazar la curva lenta de una evolución, sino para reconocer las diferentes escenas en las que han representado distintos papeles; definir incluso el punto de su ausencia, el momento en el que no han sucedido” (Foucault, 2004, p. 12).

De esa manera la perspectiva instala no solo un objeto nuevo sino una nueva manera de mirar, un método determinado en gran medida por la naturaleza misma del objeto en su devenir histórico que en el caso de Foucault no es ni el poder, ni el saber, ni la sexualidad, ni la locura, como podría inferirse de sus distintos trabajos sobre esas materias sino, en sus propias palabras, el sujeto: “Mi propósito no ha sido analizar el fenómeno del poder, ni tampoco elaborar los fundamentos de tal análisis, por el contrario mi objetivo ha sido elaborar una historia de los diferentes modos por los cuales los seres humanos son constituidos en sujetos”.

Sin embargo, no se trata del sujeto mismo como corporalidad o individualidad del que pudieran ocuparse las ciencias psi; sino de las objetivaciones que lo han configurado, por lo que, podría decirse, más que estudio del sujeto, al menos en sus acepciones vulgares, se trata mejor de los procesos de subjetivación, esos discursos y prácticas que lo han configurado históricamente y que el autor cifra en tres grandes tipos de relaciones del sujeto: con el poder, con el saber y consigo mismo, entendido esto último –y ahí aparece el giro foucaultiano hacia la ética- como relación con la verdad, con lo cual “inaugura una relación sujeto-verdad [...] una modalidad de recorrido, un ir de sí a sí, un cierto desplazamiento en el campo de posibilidades del sujeto” (Perea, 2016, p. 76) que, en efecto, produce un nuevo “objeto”, para el caso, un sujeto o una subjetividad producida por las prácticas de sí en relación con la verdad como principio ético. “Subjetividad moral como fuerza etnopoética del discurso, es

decir, capaz de convertir la relación con la verdad en *ethos*, en un arte de vivir” (Perea, 2016, p. 77).

Aunque no es la única perspectiva vigente para el abordaje de diversas problemáticas de orden social, es cada vez más amplio el abanico de posibilidades que, podría decirse, extienden la fuerza analítica de muchas de las categorías de Foucault. La perspectiva genealógico-arqueológica tiene en el contexto latinoamericano un gran número de adeptos y también de detractores que dan cuenta, justamente, de la lucha discursiva por la configuración del sentido, de la inevitable confrontación de puntos de vista que se extrema, cuando los mismos se conciben como marcos de doctrina y no como lo que realmente son, cajas de herramientas como el mismo Foucault denominó a su propuesta teórica:

Entender la teoría como una caja de herramientas quiere decir: - que no se trata de construir un sistema sino un instrumento, una lógica propia a las relaciones de poder y a las luchas que se comprometen alrededor de ellas; - que esta búsqueda no puede hacerse más que poco a poco, a partir de una reflexión (necesariamente histórica en algunas de sus dimensiones) sobre situaciones dadas (Foucault, 1985, p.85).

Quizá se deba destacar la última frase de la cita para mostrar cómo es que opera la perspectiva en la construcción de un objeto determinado de indagación y en el diseño mismo de su andamiaje metodológico: poco a poco, quizá como experimentación, como ficcionalización. Y señalar, además, como lo que hemos resaltado a lo largo de todo el texto, que la perspectiva es siempre una cierre entre otros cierres posibles que, por imposibilidad gnoseológica, nunca puede agotar el objeto en su complejidad y que pensar la teoría como caja de herramientas y no como marco de doctrina; aunque desafiante y peligroso para la seguridad ontológica y la servidumbre a la certeza del método, provoca cierta pulsión a tensar entre sí los conceptos de tradiciones diferenciadas y metodologías encontradas, quizá alimentando la idea de que la monstruosidad que pudiera así engendrarse no es sino la otra cara de la verdad aunque hagamos ingentes esfuerzos por estetizarla, por acondicionarla, por rescatarla de la incertidumbre ontológica, quizá para no romper nuestra noción de la certeza.

### **3. Perspectiva, instrumentación y representación**

Lo dicho hasta aquí no resuelve aun el problema de la articulación de los estratos del método en relación con la afirmación inicial que sostiene que el método es una construcción contingente, alineal, polimorfa que funciona de manera estratificada y susceptible de aleaciones, recortes, extensiones, transfiguraciones que, operadas con precaución, pueden

extender el potencial analítico y responder con mayor eficacia a cierta demanda de fuerza persuasiva que parece exigirse hoy de los informes de resultados de investigación, quizá porque las lógicas puramente demostrativas parecen agotadas y porque el retorno a la retórica y a la pragmática que podría entrelazarse con el *regreso del sujeto*: “el hombre vuelve a ser la medida de todas las cosas, porque ha recuperado sus tesoros (lo inconsciente, lo vivo, lo material en el sujeto)” (Ibañez, 1991, p.91), puede estar desplazando el ámbito de la “verdad” de la demostración lógica racional hacia lo “razonable” o plausible ya establecido por Aristóteles en su retórica; esa parte reprimida y “racionalizada” de la lógica y quizá más eficaz que los mejores argumentos, en la que juega más el *pathos*, el sentimiento: “las verdades del sentimiento no forman una categoría aparte ni aislable, ni pueden separarse de los esquemas cognitivos y de las sucesiones de razonamientos, que siempre tienen (además del puro espíritu de geometría y la pura lógica jurídica una dimensión afectiva” (Angenot, 2010, p. 170).

Esas lógicas de lo plausible que jalonan el *pathos*, juegan en el actual momento neoliberal como un potente dispositivo de gubernamentalidad, que no puede ser ignorado y por lo tanto debe incorporarse a los modos de hacer la investigación social, porque en la vida práctica los sujetos y las comunidades actúan justamente movidos más por las emociones, los afectos que por los argumentos, produciendo un efecto de conformidad asociado también con la búsqueda de la libertad como consumo, capaz de producir formas de “verdad” y formas de subjetivación que allanan el camino para la dominación y el ejercicio amable del poder y que se manifiesta a través del bigdata, de las pantallas y de la multiplicidad de recursos y aparatos electrónicos y redes sociales que mueven la subjetividad desde lo que Han denomina psicopolítica.

La técnica de poder propia del neoliberalismo adquiere una forma sutil, flexible, inteligente y escapa toda visibilidad. El sujeto sometido no es, siquiera, consciente de su sometimiento [...] es la técnica de poder que *cuida* de que los hombres se sometan por sí mismos al entramado de dominación. [...] su particular eficiencia se debe a que no actúa a través de la prohibición y la sustracción sino de complacer y colmar. En lugar de hacer a los hombres *sumisos* intenta hacerlos *dependientes* (Han, 2014, p.17).

Si esto resultare verdadero, o en la misma lógica argumentativa, suficientemente persuasivo, entonces habrían de considerarse, en el momento del diseño metodológico de la investigación, aquellos aspectos sustancialmente retórico-persuasivos en los que juegan tanto

los enunciados lingüísticos como las imágenes y todo el repertorio multimodal de la cultura, no solo porque ya están en la realidad misma de la práctica social, sino además porque pueden adecuarse como insumos tanto para la recolección y procesamiento de datos, como para elegir entre ellos las formas de representación, más adecuadas a los propósitos comunicativos que hagan del régimen de veridicción una simbiosis entre cognición y *pathos*.

La elección de herramientas, el segundo estrato del método, que en este caso corresponde a los mecanismos de ver y a las formas de proceder con ellos, remite, entonces, a la identificación y selección de distintas modalidades discursivas y al análisis semiótico de las mismas, en función de sus potencialidades significativo-persuasivas que tanto pueden servir como corpus de datos y como alternativas estético-creativas de presentación-representación de los hallazgos, el tercer estrato del método.

Las manifestaciones estéticas y culturales, por ejemplo, cumplirían aquí un valioso papel y de hecho han sido usadas, desde siempre, como objeto de reflexión teórica y más recientemente como medio de expresión de resultados de investigación. Los estudios de Bajtin sobre el carnaval y los de muchos filósofos e historiadores sobre las artes plásticas y la literatura son prueba de esas objetivaciones del arte; aunque pocos investigadores se hayan atrevido a saltarse el cerco logocéntrico del dispositivo técnico científico de la escritura académica para presentar desde otras modalidades discursivas los resultados de sus hallazgos.

Estos campos de producción discursiva parecen suficientemente delimitados como para trazar fronteras a veces irreconciliables entre sí. De un lado, los estudios sociales porque objetivan el universo social, el arte, la cultura a través de análisis que pueden considerarse “científicos”, entre otras razones, porque mantienen un cuidadoso control de la forma de los enunciados canónicos del conocimiento y de sus recursos analíticos y expresivos, y de otro, las manifestaciones estéticas y artísticas porque con todo su potencial expresivo- tímico y simbólico-persuasivo, históricamente se han velado bajo el manto mítico de la demiurgia, la inspiración y la disrupción de la analítica demostrativo-explicativa de la ciencia, como actos de “iluminación” de la inteligencia humana difíciles de rastrear y explicar con las analíticas de la ciencia, de la cual con frecuencia se mofa y, además, provocadoramente orientados a la descentración, la ruptura, el des-equilibrio de la norma. No obstante, entre una y otra formas de práctica social, hay efectos de “verdad” en los que el lenguaje sigue teniendo un enorme



peso y una dimensión representacional difícil de evadir por más retorcimientos (también discursivos) que se hagan para negarlo.

Las metáforas de la ciencia ante todo son metáforas y las que se ocupan de los fenómenos sociales, en particular, guardan apenas sutiles diferencias de grado con el lenguaje de la ficción artística que no por ficción es necesariamente falsa. En perspectiva etnográfica, por ejemplo, eso que Gilbert Ryle, citado por Geertz (1983) denominó descripción densa y que el mismo Geertz ilustra maravillosamente con sus notas de campo sobre los mercaderes de Marmusha, guarda muy sutiles diferencias con esas descripciones casi milimétricas que hace Truman Capote sobre el asesinato de los Clutter en el pueblo de Holcomb, en *A sangre fría* (1987) y, sin embargo, la una es etnografía, cierta forma de ciencia social y la otra una nueva forma de literatura testimonial o de periodismo, según se la juzgue; aunque juntas configuren formas de “verdad” realizaciones discursivas de la realidad empírica.

Quizá este mismo ejemplo sirva para defender la idea de que en el estrato tercero del método, el de la presentación-representación de los hallazgos, los formatos canónicos del “informe científico” ya no serían los únicos posibles, pues sus lógicas demostrativo-explicativas orientadas a la cognición, no tienen la misma fuerza persuasiva ni la capacidad de afectación que puede tener el apelar a los lenguajes estéticos literarios, cinematográficos, performances, y las propias narrativas biográficas y etnopoéticas (como lo evidenciaremos unas líneas más adelante) que constituyen alternativas de presentación, detrás de las cuales seguirían estando, como lo demuestra Capote en su magistral novela, los mismos procedimientos de recolección y pesquisa que emplea un “buen” científico social.

De tal manera que es posible pensar en el lenguaje y particularmente en las herramientas que el discurso provee para elegir no solo los instrumentos sino las formas mismas de representación de los saberes entre ciencia, arte y otras manifestaciones culturales. En el campo particular de los estudios sobre subjetividades caben tantas posibilidades como perspectivas en disputa existen; sin embargo puestas unas y otras en el plano discursivo, sería muy difícil trazar límites irreconciliables entre ellas, pues se trata de *Análisis del discurso*, del discurso estudiando el discurso; sus producciones y/o formaciones discursivas ancladas en sus estructuras o sistemas de representación lingüísticos, retóricos, pragmáticos, semióticos, que constituyen sus propias herramientas decantadas por las diferentes tradiciones analíticas.

El Análisis crítico del discurso, por ejemplo, como perspectiva interdisciplinaria analiza las producciones discursivas en sus vínculos con la historia, la economía, el poder, etc., de la misma manera que lo hace Foucault en “Las palabras y las cosas” (1968) o en la arqueología del saber (1970) por lo que puede decirse sin titubeos que uno y otros son, efectivamente, análisis del discurso pero, a diferencia de éste que vela o “renuncia” a la estructura, el análisis crítico del discurso procede mediante corpus y un minucioso dispositivo, creado para el efecto, una ruta procedimental y un acervo de herramientas visibles, tangibles, explícitas de orden lingüístico, retórico, pragmático y semiótico que también tiene perspectivas de uso (nuevos juegos de lenguaje) capaces de mostrar de manera positiva cómo hacer los cortes analíticos sin que necesariamente desencajen con la postura epistemológica, pues al fin y al cabo se trata de discurso examinando el discurso. Los estudios de Foucault como los de los denominados analistas críticos del discurso proceden apelando a un rasgo común ineludible: la positividad de los discursos, esto es su valoración como el objeto del cual se desprende una analítica particular que remite a formaciones históricas o ideológicas del saber y /o del poder que les subyacen y por esta razón susceptibles de verdad y de los consecuentes procedimientos veridictivos. De manera que no solo resulta pertinente apelar a las obras estéticas como manifestación de un fenómeno social determinado; sino recurrir también a sus lenguajes, recursos metafóricos y cargas simbólicas como alternativas afectivas de comunicación de los hallazgos de una investigación.

El debate se centra entonces en si una perspectiva determinada, llámese genealógico arqueológica, estructuralista, hermenéutica, o post-estructuralista, puede hacer uso o no de herramientas analíticas distintas a las de su propio régimen de veridicción y más aún, si puede interpelar sus propios regímenes de certeza y dialogar con las perspectivas opuestas, desentrañando “las partes olvidadas”, lo no dicho, lo intencionalmente ignorado de su propio régimen de enunciación, para intentar comprensiones menos parciales y con frecuencia dogmáticas de los objetos y de los métodos empleados para estudiarlos, pero también para experimentar formas alternativas de comunicar los hallazgos, que como ya se ha dicho, logren quizá efectos persuasivos más significativos que los puramente analítico-explicativos de la argumentación “científica”.

Alguien diría, sin embargo, que intentar aproximaciones entre perspectivas encontradas es perder el rigor epistemológico y que el uso de herramientas lingüísticas y retórico-

pragmáticas tomadas de modalidades de indagación como el Análisis Crítico del Discurso de base estructuralista no aporta nada a la comprensión crítica de un fenómeno pues se parte de la idea falsa de mostrar lo invisible de lo visible a partir de la descomposición de su estructuras, sin desentrañar su trayectoria histórica, como si lo dicho hubiese estado allí desde siempre y que, además, su valor puramente descriptivo, frente a las perspectivas posestructuralistas en boga vuelven a centrar cierta idea de verdad absoluta, a recentrar la estructura que conduciría a un quiebre ontológico; y aunque eso no sea exacto; no podría desconocer la estructura misma sino llamándola de otra manera: sistema, máquina, aparato de captura, y menos aún desconocer que la descripción está en la base misma de la interpretación y menos aún desmentir que la escogencia de las herramientas y de las maneras de proceder con ellas son dominio de la perspectiva y no de los instrumentos. Y más allá, según puede desprenderse de lo dicho hasta aquí, dejar de considerar que si hay contingencia en la perspectiva en tanto que emergencia histórica (también las épocas determinan la manera de mirar) puede haberla mucho más en su instrumentación. (También las épocas, los contextos espaciales y culturales perfeccionan, actualizan, recuperan, eligen los instrumentos para “mirar”), con lo que se infiere que el método no es un destino trazado ni orden establecido sino, mejor, una práctica creativa apoyada también en la intuición; contingente y susceptible de hibridaciones, organizaciones distintas que remitirían justamente a los conceptos foucaultianos de problematización, eventualización, ficcionalización (Martínez, (2015; Jaramillo, 2013), como principios metodológicos básicos de la perspectiva arqueológico-ontológica.

La perspectiva es, al fin y al cabo, el timón de la investigación, el sustrato epistemológico de la indagación en cuyo desarrollo las herramientas no serán más que esos instrumentos para operar, para accionar las máquinas de mirar. Usar las herramientas diseñadas por el análisis del discurso, como por ejemplo la identificación de las regularidades discursivas, sus tópicos, fetiches, tabúes (Angenot, 2010), las estrategias de maximización, legitimación de enunciados, invisibilización y magnificación de actores, así como los recursos retóricos para expandir las dominancias discursivas y las formas de bloquear lo indecible, o en términos de Kress y Van Leeuwen (2001) el diseño, producción y distribución del discurso, no es sino despojar el manto de inmanencia del decir y arrojar luz para lo que, por ejemplo en perspectiva hermenéutica, vendrían a ser los momentos de descripción,

explicación e interpretación. Claro, como ya lo hemos advertido, no se trata de hacer amalgama ni activismo metodológico; sino de postular cierto eclecticismo crítico, no ingenuo -quizá político- orientado por un marco ideológico en el sentido que Van Dijk (1998) y Angenot (2010) otorgan al término ideología y que permita, según sea el caso, apelar a distintas tradiciones, hibridarlas para producir verdad y, en cualquier caso, desbloquear los rígidos cercos del método, muchas veces oscurecido por sus propios metalenguajes que terminan siendo formas extremas de nominalismo, de epistemocentrismo y de otras manifestaciones del poder.

Tratándose, como es el interés de este escrito, de defender el uso de diferentes perspectivas y herramientas para indagar en las subjetividades y en los estudios sociales en general, quizá sea necesario precisar que se trata, en efecto, de una perspectiva discursiva, abierta, eso sí, a distintas modalidades analíticas y a la multimodalidad misma del discurso que supone, como cualquiera otra perspectiva, partir de algunas consideraciones mínimas:

- Toda perspectiva es una forma de cierre que, sin embargo, puede descentrarse. No se trata de una práctica sacerdotal, sino de cierto horizonte de búsqueda no exento de experimentación e incertidumbre.
- Una perspectiva abierta de investigación no busca aplicar una teoría a un fenómeno social determinado para comprobar el valor explicativo de la misma; sino que aspira a la máxima elucidación posible del problema aun tensando hasta el límite los conceptos, las herramientas y las estrategias analíticas y de representación.
- Cada perspectiva suele producir ciertos conceptos o categorías con un gran poder explicativo y de síntesis de un fenómeno determinado por lo que es viable hacer uso particular de dichos conceptos y experimentar su funcionamiento con otras herramientas y enfoques. El concepto de Dispositivo desarrollado por Foucault y ampliado por Deleuze o Agamben, por ejemplo, tiene desarrollos muy potentes en los estudios sobre el discurso pedagógico de Bernstein (1989) a quien no necesariamente se puede considerar un posestructuralista. Lo mismo podría decirse del concepto de hegemonía producido por Gramsci y de sus matices en los estudios del discurso o del concepto de habitus de Bourdieu en la teoría socioeducativa y de las prácticas pedagógicas.

- Cualquiera que sea el enfoque o perspectiva con la que se aborda un “objeto”, si esta es de naturaleza discursiva, parte de la premisa de considerar el discurso en su positividad, que equivale a pensarlo como portador de significados y prácticas socialmente compartidos y susceptibles de veridicción mediante sus propios elementos constitutivos. De manera que nada podría decirse sobre ningún objeto discursivo sino no partiéramos de considerarlo verdadero en tanto enunciado.

Para ir cerrando, es pertinente recalcar que no obstante, las diferencias que pueden advertirse en un concepto o categoría de estudio determinado como por ejemplo la subjetividad, el sujeto o la subjetivación; una investigación dada no sólo es coherente porque advierta en que tradición teórica se instala, sino también porque es capaz de experimentar posibles líneas de continuidad entre tradiciones diferenciadas o hacer visible los estratos distintos en que el objeto se mueve en el plano de la representación. De manera que el uso, por ejemplo, del concepto de poliedro de inteligibilidad utilizado como dispositivo de veridicción de una investigación, también pueda extenderse ya no para constatar la consistencia entre los estratos ontológico, epistemológico, metodológico, etc., sino las líneas de continuidad y ruptura entre perspectivas distintas del mismo objeto, de manera que en lugar de la separación y fractura se extiendan líneas de continuidad y complejidad, no en el sentido de dificultad, sino de entramado. El sujeto de Foucault, por ejemplo, es si se quiere un sujeto más universal, positivo en su naturaleza en tanto puede leerse en distintos escenarios o momentos de la historia, al menos de occidente (así Foucault insistiera en la singularidad y particularidad) que el sujeto propuesto por Arfuch en *El Espacio biográfico* (2010) pues, en efecto, no se trata de aquella abstracción hecha por Foucault salida del plano discursivo de las grandes disciplinas del saber sino del sujeto encarnado y atravesado en su propios sentires y dimensiones espacio-temporales; en su propia narrativa biográfica. Podría decirse que el sujeto de Foucault no siente, no experimenta, es una abstracción, no un individuo sino un proceso, una forma de constitución de subjetividad devenida en su singularidad histórica, delimitada, de todas maneras, por lo que podríamos llamar unas hegemonías discursivas que lo han hecho emerger como objeto del saber y del poder; pero que podría ser visto en su manifestación empírica, concreta, encarnada en el relato biográfico de un individuo o un colectivo identificado por el ejercicio de una práctica común como el

trabajo, el deporte, el amor, las vicisitudes de la vida diaria, con lo cual podría sostenerse la idea de que es posible extender los límites de una y otra perspectiva hacia un nuevo punto de llegada y, de esa manera, asir el concepto, mientras en simultáneo se experimenta la afectación que produce el recurso narrativo. Al respecto dice Arfuch:

[...] *comprensión inmediata* de algo real, en oposición a aquello de lo que se cree saber algo, pero a lo que le falta *la garantía de una vivencia propia* [...] algo que *se destaca del flujo de lo que desaparece* en la corriente de la vida. Comprensión inmediata, garantía de autenticidad, contenido permanente e iluminación puntual vertientes que configuran un campo semántico donde el autor distingue todavía algo más, una “referencia interna a la vida” que no es, recordemos, una simple relación entre lo general y lo particular, sino que se encuentra en una relación inmediata con el todo, con la totalidad de la vida (2010, p. 66).

Es justamente esa proximidad con la vida ese retorno a la corporeidad de la experiencia la que en mi apreciación logran aquellos informes de investigación social que intencionadamente se descentran de las lógicas canónicas de decir los hallazgos y apelan a otras formas de presentación-representación que, no por diferentes, abandonan la rigurosidad de la teoría que les subyace, el dateo preciso de evidencias y que tienen no obstante un valor heurístico refrescante, justamente por la manera como oxigenan las formas de indagación social, tal como puede verse en el siguiente texto de la feminista chicana Gloria Anzaldúa en su impactante trabajo *Borderlands/La frontera: The new Mestiza* (1999), del cual se transcribe a continuación un apartado que es ilustrativo de las tesis aquí planteadas sobre la hibridación de modos de investigación y formas de lenguaje para su comunicación, en el que la autora apela a la etnopoética para dar cuenta de su posición -como activista, feminista y chicana- de su propio trasegar investigativo que es tanto testimonio, teoría y metáfora de la toma de conciencia de las mujeres chicanas frente a su condición mestiza, a sus luchas por la supervivencia en las tierras fronterizas sin poder asirse identitariamente a ningún lado de la frontera.

**Vivir en las Borderlands  
significa que tú**

no eres hispana india negra española  
*ni gabacha, eres mestiza, mulata, media casta*  
atrapada en el fuego cruzado entre dos bandos  
mientras cargas las cinco razas a tu espalda  
sin saber a qué lado volverte, de cuál huir;  
Vivir en las *Borderlands* significa saber

que la *india* en ti, traicionada por 500 años,  
 ya no te habla,  
 que las *mexicanas* te llaman *rajetas*  
 que negar lo anglo en tu interior  
 es tan malo como haber negado lo indio o lo negro;  
*Cuando vives en las Borderlands*  
 La gente te pasa a través, el viento se roba tu voz,  
*eres burra, buey*, chivo expiatorio,  
 precursora de una raza nueva,  
 mitad y mitad –tanto mujer como hombre, ninguno de los dos-  
 un nuevo género;  
 Vivir en las *Borderlands* significa que  
 le echas *chile* al *borscht*,  
 comes *tortillas* de trigo integral,  
 hablas tex-mex con *accent* de Brookliyn;  
*la migra* te para en los controles; (...)

Para vivir en las *Borderlands*  
 debes vivir sin fronteras  
 ser cruce de caminos.  
 (Anzaldúa, 1999. p. 4)

Para finalizar, con un cierre inacabado de este ejercicio analítico- reflexivo, podría destacarse, volviendo a Deleuze, que la realidad es segmentaria y por tanto no hay un único estrato o línea que la constituya, que nos movemos entre superficies lisas y estriadas entre líneas de segmentariedad dura y flexible y por lo mismo nociones como la de sujeto, como la de método, investigación y cualquiera otra manifestación de la actividad humana son, como todo el lenguaje, causa y efecto de la Heteroglosia que, no obstante, busca siempre un régimen de centración para poder significar. Por lo que, en esa misma lógica, no bastaría la estructura arbórea, sino la rizomática que tanto pudiera dar cuenta del concepto como del pathos, de la categoría como de la forma como funciona, de la semántica como de la retórica, de lo perceptible como de lo sensible, aunque eso sea siempre una suerte de Quimera, ese monstruo híbrido de cabra serpiente y león, capaz de devorar la unicidad del método, la seguridad de la certeza o, mejor, una utopía que, como la define Galeano, sirve para andar “La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para qué sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar”

## Bibliografía

Angenot, M. (1999). *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*. Córdoba, Argentina: Universidad Nacional de Córdoba.

Angenot, M. (2008). *Dialogues de sourds: Traité de rhétorique antilogique*. Paris, Francia: Mille et une Nuits.

Angenot, M. (2010). *El discurso social. Los límites de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

Anzaldúa, G. (1999). *Borderlands/La frontera: The new Mestiza*. Madrid, España: Capitán Swing Libros, S L.

Arfuch, L. (2010). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Arfuch, L. (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la novela*. Madrid, España: Taurus.

Bajtín, M. (1998). *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI

Capote, T. (1987). *A sangre fría*. Barcelona, España: Anagrama.

De Tezanos, A. (1998). *Una etnografía de la etnografía: aproximaciones metodológicas para la enseñanza del enfoque cualitativo-interpretativo para la investigación social*. Bogotá, Colombia: Ántropos.



- Deleuze, G, y Guattari, F. (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia, España: Pretextos.
- Denzin, N. y Lincon, Y. (2012). *El campo de la investigación cualitativa: Manual de investigación Cualitativa*. Barcelona, España: Gedisa.
- Fairclough, N., y Wodak, R. (2000). El análisis crítico del Discurso. En T A. Van Dijk (comp.), *El discurso como interacción social. Estudios sobre el Discurso II. Una introducción multidisciplinaria*. Barcelona, España: Gedisa.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. (S.F.): Siglo XXI editores.
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*. (S.L.): Siglo XXI editores.
- Foucault, M. (1983). *El sujeto y el poder*. (S.L.). Biblioteca libre Omegalfa. Recuperado de <http://terceridad.net/wordpress/wp-content/uploads/2011/10/Foucault-M.-El-sujeto-y-el-poder.pdf>
- Foucault, M. (1999). *¿Qué es la Ilustración? En: Ética, estética y hermenéutica. Obras esenciales, Volumen III*. Barcelona, España: Paidós.
- Foucault, M. (1999). *Estética, ética y hermenéutica: Obras esenciales*, (vol. III), Barcelona, España: Paidós Ibérica.
- Foucault, M. (2004). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia, España: Pre-Textos.
- Geertz, C. (1983). *La interpretación de las culturas*. Barcelona, España: Gedisa.
- Han Byung-Chul (2014). *Psicopolítica*. Barcelona, España: Herder.

- Ibañez, (1991). *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Santiago Chile, Chile: Editorial Amerindia.
- Jaramillo, O. (2013). Una reflexión sobre el método Arco-Genealógico. *Textos y Sentidos*. Vol 8. 110-138.
- Krees,G., y Van Leeuwen, T. (2001). *Multimodal discourse. The modes and media of contemporary communication*. Traducción: Laura H. Molina, para la cátedra de Producción de Textos de la FBA, UNLP, 2011, Londres, Inglaterra: Arnold.
- Lipovetsky, G. (1996). *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*. Barcelona, España: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (1998). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona, España: Anagrama.
- Martínez J. (2015). Problematización, eventualización y ficcionalización: la crítica en la visibilización de las subjetividades. *Tabula Rasa*, 22. 69-83.
- Martínez J., y Ochoa, C. (2017). Actitud esquizoanalítica. Esquizoanálisis, un método menor de descomposición del dispositivo capitalista. *Tabula Rasa*, 26, 221-245.
- Perea, J. A. (2016). *Michel Foucault: vocabulario de nociones espaciales*. Bogotá, Colombia: Universidad Distrital, Doctorado en estudios Sociales /Clacso.
- Resweber, J. P. (2000). *La méthode interdisciplinaire. P.U.F. El método Interdisciplinario*. Traducción de María Elvira Rodríguez Luna. Bogotá, Colombia: Universidad Distrital.
- Rorty, R. (1990). *El giro lingüístico*. Barcelona, España: Paidós I.C.E.-U.A B.

Van Dijk, T. (1998). *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona, España: Gedisa.

Van Dijk, T. (2001). El análisis crítico del discurso y el pensamiento social. *Atenea Digital*, 1. Recuperado de <http://blues.uab.es/athenea/num1/vandijk.pdf>

Van Dijk, T. (2016). Estudios Críticos del Discurso: Un enfoque sociocognitivo. *Discurso & Sociedad*, 10(1), 137-162.